

## El prólogo

Hace pocas semanas cumplió once años y cree que el fútbol puede sacarlo de la pobreza. Lo dice muy seguro. Piensa que una carrera de futbolista, con triunfos y goles y aviones y giras y copas y contratos y anuncios publicitarios y hoteles y autógrafos, va a alejarlo de aquí, de esta cancha de tierra en una ciudad de América Latina, de este barrio donde es un peligro andar solo de noche y la droga corre más veloz que las ratas. Cree que si juega bien y trabaja duro podrá conocer mundo, por eso entrena mucho más de lo que estudia. Y sueña con llegar a fichar por algún equipo de Europa. Se imagina en lo más alto, vistiendo la camiseta del Barcelona o el Real Madrid o el Inter o la Juventus. No descarta Inglaterra, tampoco la Bundesliga. Sabe que quiere triunfar, aunque dice que no quiere volverse loco con el éxito deportivo.

Lleva un aro de diamantes de fantasía en la oreja derecha y tiene una cicatriz cerca de la boca, el pelo cortito arriba y casi rapado a los lados, las rodillas magulladas, menos de un metro treinta de estatura y el mejor futuro de todo el barrio.

En la cancha de tierra ya empieza un nuevo partido y él, que acaba de jugar y perder, todavía no sabe que va a ser el protagonista de este libro.

Esta es la historia de un viaje, de una búsqueda, pero no una búsqueda filosófica o espiritual. En dos años he visitado muchos campos de fútbol en busca de una persona, el mismo botín que ahora persiguen cazadores de todo tipo: un niño prometededor que luego pueda vender a algún equipo de fútbol europeo.

Más de una vez, durante estos dos años de pesquisas, me recomendaron que mejor no siguiera, que no me metiera en líos. Otras veces la gente, con absoluta tranquilidad, me hablaba de precios, de las mejores rutas para la compraventa, de las condiciones ideales que debía tener un pequeño goleador para triunfar y así inyectar dinero a toda la cadena.

Di con niños que pasan días enteros jugando al fútbol en barrios bravos donde sus hermanos mayores se juegan la vida o ya la perdieron, me tropecé con un golpe de Estado, me enteré de una masacre con ráfagas de metralleta en un partido de fútbol infantil, supe de un padre que no le habló a su hijo una semana por fallar un penal. Pero también estuve en discotecas lujosas, donde los que han triunfado en Europa son los reyes de la noche, y muchas chicas guapas, modelos de televisión o aspirantes a la fama, los persiguen con la misma tenacidad con la que alguna vez los persiguieron los cazatalentos. Porque en todo este tiempo, cientos de jóvenes han cruzado el charco con un buen contrato bajo el brazo. Cientos de nuevos millonarios que luego regresan a sus barrios pobres en automóviles de superlujo, con regalos para la familia, los amigos y los vecinos.

También di con otras historias. Como la del barrio Pablo Escobar, en Medellín, Colombia, una zona pobre de la ciudad llamada familiarmente así en honor al narco que puso el agua y la luz eléctrica, que construyó casas y canchas de fútbol para todos, y donde madres y abuelas rezan a la memoria de Escobar para que los niños triunfen pateando el balón. O la historia del Club Social Atlético y Deportivo Ernesto Che Guevara, un pe-

queño equipo de fútbol de la provincia de Córdoba, Argentina, cuya consigna, más bien antieconómica y revolucionaria, es que los pequeños futbolistas se transformen en «hombres nuevos» y no en objeto de jugosos contratos. O la historia del padre y el hijo del puerto del Callao, en Perú, que sin proponérselo intoxicaron con pollo asado a un niño argentino llamado Lionel Messi. O la del representante de Diego Armando Maradona, y su relación con el chico nacido en una villa miseria argentina. O la historia del agente FIFA que me advirtió, como muchos con los que me fui cruzando por el camino, que tuviera cuidado de encariñarme con estos críos. Pibes, chinos, chamos, chavos, dependiendo del país en el que me encontrara.

Para escribir *Niños futbolistas*, mi plan consistía en comprar con dinero en efectivo al protagonista del libro. Un experimento narrativo que suelo llamar «periodismo cash», pues no es la primera vez que los billetes le dan estructura a mi relato, cuya fórmula es así de sencilla; comprar y luego contarlo, consumo + escritura. Todo con el objetivo de conocer, desde dentro y de cerca, esas partes de la industria y el negocio que, por motivos que iremos revelando en estas páginas, solemos desconocer o no suelen importarnos.

*Niños futbolistas* es, pues, el viaje en busca de un buen jugador para luego ofrecer el «producto» en Europa, principalmente España.

Para que fuese un experimento verdadero de periodismo cash, la idea era que se tratase, también, de una operación rentable, como ocurrió cuando compré a La Negra para escribir *La vida de una vaca*.

La Negra tenía una semana cuando cerré la transacción, y gracias a ella, durante tres años pude escribir sobre la cadena por la que pasa un ternero hasta que llega al plato. Claro que, por el camino, la claridad del planteamiento fue dando lugar a la incertidumbre.

La compraventa de un niño futbolista es más hermética y oscura que la de un ternero.

Al igual que en el contrabando de especies animales protegidas en América Latina, la principal puerta de entrada para los niños futbolistas a Europa es España. En Brasil, de donde procede la mayor parte de estos menores, se capturan más de treinta y ocho millones de animales al año, aunque el noventa por ciento muere durante la caza o el transporte. El margen de ganancia en el negocio de los animales exóticos, como en el de los pequeños futbolistas, sin embargo, es altísimo. Un guacamayo rosado que cuesta quince dólares en las selvas brasileñas puede llegar a valer dos mil dólares en Italia. El precio por el que se puede comprar un niño futbolista a veces no supera los doscientos dólares, pero el precio de venta final, en pocos años, puede estar por encima del millón.

Durante este tiempo he consultado a representantes, abogados y agentes. He estado con periodistas que ejercen de cazatalentos, dueños de escuelas de fútbol que me mostraban con orgullo sus semilleros de ídolos, entrenadores que me han dado claves para elegir un buen proyecto, managers de estrellas mundiales, padres deseosos de que sus hijos fueran vendidos a España, funcionarios de varias federaciones de fútbol, especialistas en el reglamento de la FIFA, entrenadores de primera división y de divisiones inferiores, posibles compradores en Europa y clubes donde foguear mi compra en América Latina. Estas son sus historias.

## Los niños

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunto al primero de la fila.

El niño es tímido. Susurra algo que no se oye.

—¡Más fuerte! ¡Con carácter! Si quieren triunfar, tienen que acostumbrarse a las entrevistas —interviene a gritos el entrenador, dirigiéndose a todo el equipo.

—¿Cuál es tu nombre? —repito.

—Axel Moyano.

—¿Edad?

—Nueve años.

—¿Dónde naciste?

—En Buenos Aires.

—¿Posición en la cancha?

—Volante izquierdo.

—¿Dónde te gustaría jugar?

—En el Barcelona.

—¿Cuál es tu nombre?

—Anderson Acevedo Chávez.

—¿Edad?

—Ocho años.  
—¿Dónde naciste?  
—En el Callao.  
—¿Posición en la cancha?  
—Marcador derecho.  
—¿Dónde te gustaría jugar?  
—En Old Boys.

—¿Cuál es tu nombre?  
—Sandro Marín.  
—¿Edad?  
—Nueve años.  
—¿Dónde naciste?  
—Pueblo Libre.  
—¿Posición en la cancha?  
—Marcador.  
—¿Dónde te gustaría jugar?  
—Real Madrid.

—¿Cuál es tu nombre?  
—Aldair Cáceres.  
—¿Edad?  
—Ocho años.  
—¿Dónde naciste?  
—En el Callao.  
—¿Posición en la cancha?  
—Delantero.  
—¿Dónde te gustaría jugar?  
—Barcelona.

- ¿Cuál es tu nombre?  
—Diego Campos.  
—¿Edad?  
—Nueve años.  
—¿Dónde naciste?  
—El Callao.  
—¿Posición en la cancha?  
—Defensa central.  
—¿Dónde te gustaría jugar?  
—Barcelona.

Los niños de la Academia Deportiva Cantolao recién han terminado un partido en una de las canchas de tierra y ahora están rodeando al técnico. Se llama Hugo Melgar y lleva diez años entrenando a pequeños futbolistas. Es bajo, habla fuerte y lleva ropa deportiva del Real Madrid. Dice que le gustan los colores del equipo merengue.

La Academia está situada en la ciudad del Callao, al oeste de Lima. El cielo, como siempre allí, está nublado. De fondo se oyen cláxones, sirenas policiales, el ruido normal de la calle. Las madres y los padres y las abuelas presentes en el entrenamiento también se han acercado a escuchar las respuestas de los niños. En la zona donde estacionan los autos hay un Nissan que lleva en la parte trasera una gran imagen del cantante de salsa Héctor Lavoe: un héroe latinoamericano que no jugaba al fútbol.

Para muchos de estos pequeños, y para los familiares que los acompañan, el fútbol no es un juego: se trata de un asunto serio, por el que vale la pena dejar otras cosas de lado, y que puede reportarles jugosos dividendos en el futuro. Lo dicen sin ambages. Por lo mismo, la mayoría de estos chicos cumplen los horarios de entrenamiento con rigor de oficinistas, y todo el

entorno familiar acomoda agendas y rutinas en función de los menores. Estos muchachos ya trabajan.

No son los únicos. En América Latina tienen actividad laboral más de diecisiete millones de niños y adolescentes de entre cinco y diecisiete años de edad. En México hay dos millones que empiezan a hacerlo antes de los catorce, edad legal mínima para el empleo. Y en Brasil, cada año se ponen a la venta para el trabajo rural o doméstico unos cuarenta mil menores.

No hay cifras oficiales del tráfico de niños jugadores. El fútbol solo se reconoce formalmente como trabajo cuando el jugador ha firmado su primer contrato profesional. Antes de eso, se considera un deporte. Aunque, en realidad, constituye una inversión. Un proyecto en el que la edad de inicio y selección cada vez es más prematura.

El jugador más joven en haber ganado la Copa Mundial de Fútbol es Pelé; cuando Brasil venció a Suecia en la final de 1958, tenía 17 años y 237 días. El jugador más joven en haber participado en un mundial es Norman Whiteside, de Irlanda del Norte, que tenía 17 años y 41 días cuando jugó en España en 1982. El debutante más joven del fútbol profesional es el boliviano Mauricio Baldivieso; tenía 12 años cuando jugó el partido del Aurora contra La Paz Fútbol Club, en el Torneo Clausura 2009 de la Liga boliviana. Su padre, el exseleccionado nacional Julio César Baldivieso, era el entrenador del equipo.

Los padres de los niños futbolistas siempre quieren que sus hijos jueguen.

Una nueva jornada de entrenamiento en la Academia Deportiva Cantolao, la más tradicional escuela infantil de fútbol peruano. El Callao, donde tiene la sede, goza de mala fama: hay pandillas, delincuencia, tránsito vehicular lento y propaganda por todas partes, aunque no haya elecciones.



A la entrada del campo donde entrena Cantolao me recibe Dante Mandriotti, un sesentón corpulento, nieto de un inmigrante italiano que se instaló en el puerto hace casi un siglo y allí montó una suerte de imperio pesquero de albacora y merluza. Desde hace treinta años, Dante se encarga de «pescar» nuevos futbolistas.

—Nosotros tratamos de colocarlos en los clubes antes de los dieciocho. Los mejores van a Europa. Directo, sin jugar acá. Esta noche se va uno a Bélgica. Con diecisiete años. Va solo a pasar pruebas, por supuesto. Y tenemos a otro en el Schalke 04; el caso especial de un chico huérfano de padre y madre. Lo trajimos a los diez años de un sitio peligroso del Callao y aquí se quedó, y ahora está en el Schalke —me cuenta Dante, mientras recorremos las canchas a paso lento. Frente a nosotros juega un centenar de niños y jóvenes que en pocos años ya serán viejos.

Dante habla de su éxito. Dice que siempre lo llaman de Europa buscando futuras estrellas mundiales. Dice que no hay mejor academia que la suya. Dice que, además de convertirlos en grandes futbolistas, acá se les aleja de la pobreza. Dice que no tiene miedo de los cazatalentos. Dice, me dice, que qué ando buscando. Me pregunta si acaso soy un espía. Un espía chileno en el Perú. Le hablo del libro. Le digo que estoy buscando claves para un buen negocio. Y que me cuente cuáles son las recomendaciones para comprar un niño futbolista.

—Que sea rápido. Si es rápido puede llegar, si es lento no. El problema es la mente, eso es clave. Todo lo físico y técnico se puede trabajar, la mente no, y la rapidez tampoco.

Dante habla golpeado, brusco, directo como un puntazo en el área. Habla de sus niños como lo haría un chulo de menores. Según él, que un pequeño latinoamericano venga de un barrio bravo ayuda a formarle el carácter.

—Esto es puerto, como Valparaíso, como La Boca: lugares

adversos. Mucha promiscuidad, puterías, alcohol, droga, delincuencia; hay ladrones, las pandillas se agarran a balazos por las noches. Los chicos aquí tienen que luchar para salir adelante. Además, nosotros trabajamos en cancha de tierra, y esa es otra adversidad porque corren evitando huecos, piedras, caídas.

En ese entorno marginal, un papel clave lo tiene la familia. Dante lo sabe:

—Acá en Cantolao, si un padre me dice que tengo que poner a su hijo a jugar, lo echo en dos minutos. Ellos saben que conmigo no pueden entrar a discutir, y el que no se somete a las reglas se va. Cuando hay padres muy belicosos, yo les prohíbo que vengan a ver jugar a los hijos, porque los alteran. Se meten en el campo, agarran a golpes al árbitro. Algunos han sacado armas, son gente de mal vivir.

Nos acercamos a una cancha donde entrenan las categorías de ocho y nueve años. A muchos de los niños la pelota les llega a la altura de la rodilla. Aun así, ya se nota si van para futbolistas. Y algunos ya tienen look de futbolista; melena de futbolista, aros de futbolista, tatuajes de futbolista y ademanes de futbolista.

La mayoría de los niños del mundo son pobres. Más de quinientos millones viven bajo el umbral de subsistencia. También son pobres la mayoría de los niños futbolistas. Y juegan en canchas de tierra en diferentes lugares del planeta mientras sus madres, sus padres o sus abuelas los contemplan.